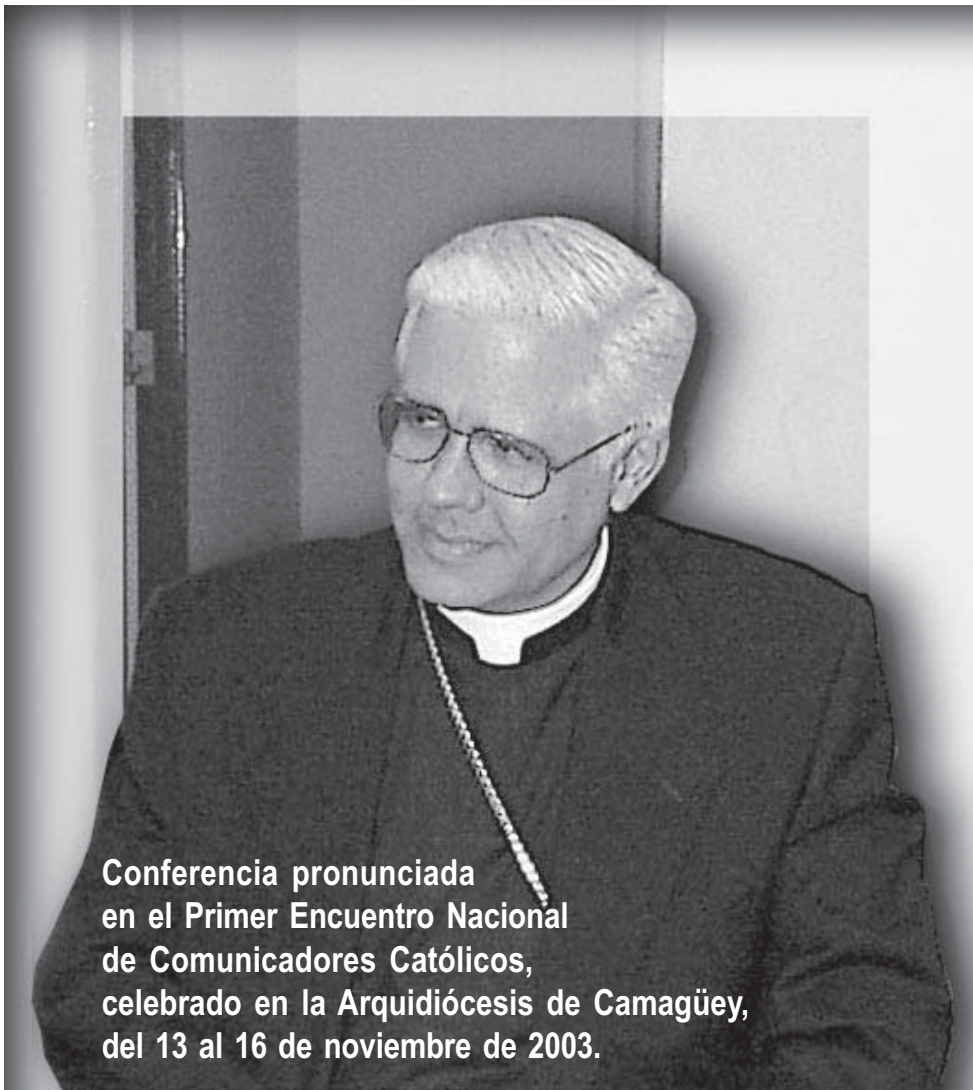


Palabra  
NUEVA

# SEGMENTO

## La cuestión de **la VERDAD**



Conferencia pronunciada  
en el Primer Encuentro Nacional  
de Comunicadores Católicos,  
celebrado en la Arquidiócesis de Camagüey,  
del 13 al 16 de noviembre de 2003.

# SEGMENTO

por Monseñor Salvador RIVERÓN, Obispo Auxiliar de La Habana

Palabra29  
NUEVA



ES PROBABLE QUE PARA algunos de ustedes lo que yo voy a comunicarles sea más que conocido desde hace muchos años, de ser así les pido excusas, pues mis palabras y la reflexión que les expongo, van a referirse a lo más básico y elemental

acerca de la cuestión de la verdad, pero no están motivadas por ninguna infravaloración sino más bien por la convicción asentada en numerosas constataciones de que en nuestro tiempo, en muchos campos del saber y del quehacer humano, se da la costumbre de construir grandiosos edificios sin preocuparse por colocar bien o al menos revisar primero los cimientos. Con frecuencia, en esta época de especialización, nos encontramos con personas capaces, inteligentes y de alto nivel profesional en su campo, que pueden incurrir en confusiones y errores lamentables en asuntos, que por ser de un alcance universal y omnipresente, no los han considerado nunca como específicos de su profesión, y por eso no se han detenido a profundizarlos y aclararlos. Sin embargo, esas lagunas, aparentemente insignificantes, pueden llenar de grietas las paredes y el techo y hasta llevar a la ruina lo que con gran destreza y profesionalidad ha sido construido.

### PRIMERA CONSIDERACIÓN: EL DESINTERÉS POR EL TEMA DE LA VERDAD

La cuestión de la verdad debe interesar a todos, no sólo a los comunicadores católicos, pues tiene un carácter primordial para el hombre, y es de incalculable trascendencia, sin embargo desde la antigüedad se ha dado en amplios sectores un desinterés por ella cuya notoriedad es también hoy alarmante.

Recuerdo unas palabras irónicas de Platón en el *Fedro* que aluden a esa actitud de indiferencia o al menos de infravaloración ante la verdad: “La gente de aquel tiempo, que no era sabia como vosotros, los jóvenes, escuchaba muy bien en su simplicidad lo que decía una encina o una piedra, cuando la encina o la piedra decían la verdad. Pero tú quieres saber sin duda el nombre del orador y su país de origen, y no te contentas con saber si lo que dice es verdadero o falso”.

Acerca de esta misma cuestión el Cardenal Ratzinger muestra “hasta qué punto no es moderno preguntar por la verdad”, citando a C.S. Lewis en su libro *Cartas del diablo a su sobrino*: “Compuesto por cartas ficticias de un demonio superior, Escrutopo, que imparte enseñanzas a un principiante sobre el arte de seducir al hombre, sobre el modo correcto como tiene que proceder. El demonio pequeño, había expresado ante sus superiores su preocupación de que precisamente los hombres inteligentes leyese los libros de los sabios antiguos, y pudiesen de este modo descubrir las huellas de la verdad. Escrutopo le tranquiliza, con la aclaración de que el punto de vista histórico, del que los espíritus infernales han conseguido, afortunadamente, persuadir a los eruditos del mundo occidental, significa precisamente esto: ‘que la única cuestión que con seguridad nunca se planteará es la relativa a la verdad de lo leído; en su lugar se pregunta acerca de las repercusiones y dependencias, del desarrollo del respectivo escritor, de la historia de sus influjos, y otras cuestiones análogas’”.

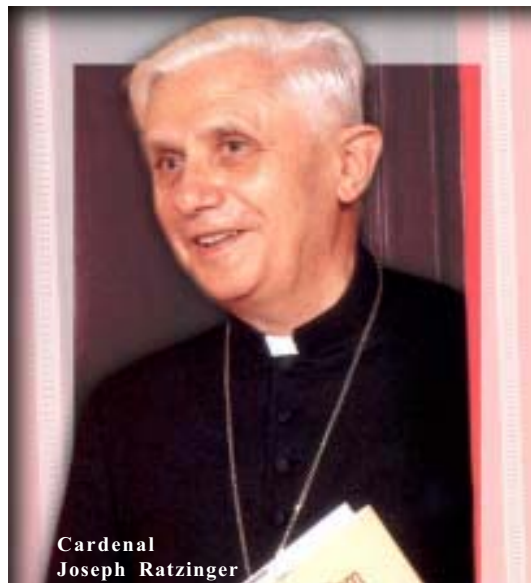
Al respecto, sabemos cómo, hasta hace poco, las ediciones de los filósofos clásicos hechas en los países marxistas siempre aparecían precedidas de un enfoque histórico, que orientaba al lector sobre la pertenencia de aquel pensamiento a una época pasada ya superada, de modo que no se planteara la cuestión de la verdad.

Sigue diciendo Ratzinger: “Una cientificidad, ejercida de este modo, inmuniza frente a la verdad. La cuestión de si lo dicho por el autor es o no, y en qué medida, verdadero, sería una cuestión no científica: nos sacaría del campo de lo demostrable y verificable, nos haría recaer en la ingenuidad del mundo precrítico. De este modo, se neutraliza también la lectura de la Biblia: podemos explicar cuándo y bajo que circunstancias ha surgido un texto, y, así, lo tenemos clasificado dentro de los históricos (*Historisch*), que a la postre no nos afecta”. Señala luego cómo detrás de tales interpretaciones históricas hay una actitud *a priori* ante la realidad que nos dice: “no tiene sentido preguntar sobre lo que es; sólo podemos preguntar sobre lo que podemos hacer con las cosas. La cuestión no es la verdad, sino la praxis, el dominio

de las cosas para nuestro provecho. Ante tal reducción aparentemente iluminadora del pensamiento humano surge sin más la pregunta: ¿qué es propiamente lo que nos aprovecha?, y ¿para qué nos aprovecha?, ¿para qué existimos nosotros mismos? El observador profundo verá en esta moderna actitud fundamental una falsa humildad y, al mismo tiempo, una falsa soberbia: la falsa humildad, que niega al hombre la capacidad para la verdad, y la falsa soberbia, con la que se sitúa sobre las cosas, sobre la verdad misma, en cuanto erige en meta de su pensamiento la ampliación de su poder, el dominio sobre las cosas”.

En la crítica literaria, dice más adelante, “se descarta abiertamente la cuestión de la verdad como no científica. Y trae a colación un pasaje de Umberto Eco en su novela de éxito *El nombre de la rosa*, donde dice: “La única verdad consiste en aprender a liberarse de la pasión enfermiza por la verdad”. Debo decirles que esta expresión insensata la he encontrado recientemente reproducida y defendida en una publicación católica cubana. Ratzinger explica al respecto que el supuesto fundamento para esta renuncia inequívoca a la verdad, estriba en lo que hoy se denomina el “giro lingüístico”: la convicción de que no se puede remontar más allá del lenguaje y sus representaciones, la razón está condicionada por el lenguaje y ligada al lenguaje, como presa dentro de él. Y señala luego a un exegeta protestante que “se cree obligado a aceptar y reconocer como correcta esta capitulación: que ahora ya no hay una verdad a buscar más allá del texto, sino posiciones sobre la verdad que concurren entre ellas, ofertas de verdad que hay que defender ahora con discurso público en el mercado de las visiones del mundo”.

En resumen el interés se desplaza hacia la variedad de las informaciones, la multiplicidad de los datos, la erudición sobre cualquier cosa, la acumulación de elementos que amenizan los relatos y descripciones, sin importar si son verdaderos o no, lo interesante es indicar las fuentes, tener datos sobre ellas para comparar con otras fuentes y jugar a las semejanzas y desemejanzas entre lo que dicen unas u otras,



Cardenal  
Joseph Ratzinger

con alarde de erudición sin cuestionar a fondo para nada la verdad misma que parece inalcanzable.

Guittou ha escrito: “Tras veinte siglos de experiencia, cuando ya han sido propuestas por genios todas las soluciones posibles a los problemas supremos, sin que ninguna se haya impuesto –cuando hemos visto surgir y abismarse varias culturas: cuando la guerra de las armas, procedente de la guerra de las ideas, ha dividido a las naciones e incluso a las religiones– ¡qué tentador es volver a decir con Protágoras, Poncio Pilato o Pirandello: ¿Qué es la verdad? ¡A cada cual la suya! Todo es igualmente verdadero, es decir igualmente ilusorio, desde un punto de vista real y objetivo”. (*Silencio sobre lo esencial*, 1987).

## SEGUNDA CONSIDERACIÓN: LAS CONSECUENCIAS DE TAL DESINTERÉS POR LA VERDAD

El Prefecto de la Doctrina de la fe considera, siguiendo un pensamiento ya expresado por Platón en su tiempo, como ahora, hay eruditos en muchas cosas, pero sin verdadera instrucción, entendidos en muchas cosas, pero que en realidad no entienden nada, por lo que el diálogo con ellos



se hace difícil ya que no son verdaderos sabios, sino sólo sabios en apariencia.

Y escribe: "quien piensa hoy en cómo programas de televisión de todo el mundo inundan al hombre con informaciones y le hacen así sabio en apariencia; quien piensa en las enormes posibilidades del ordenador y de Internet, que le permiten al que consulta, por ejemplo, tener inmediatamente a disposición todos los textos de un Padre de la Iglesia en los que aparece una palabra, sin haber entrado en cambio en su pensamiento, ese no considerará exageradas estas prevenciones". Luego invita a tener esto en cuenta como una señal de aviso, cuya seriedad está comprobada a diario por las consecuencias del giro lingüístico, como también por muchas circunstancias que nos son familiares a todos. "Cuando la escritura, lo escrito, se convierte en barrera frente al contenido, entonces se vuelve un antiarte, que no hace al hombre más sabio, sino que le extravía en una sabiduría falsa y enferma". Defiende luego el convencimiento de que con medios lingüísticos se remite a contenidos extralingüísticos, y recuerda que: "Sobre la misma cuestión el Papa advierte en la *Fides et ratio* lo siguiente: "La interpretación de esta Palabra (de Dios) no puede llevarnos de interpretación en interpretación, sin llegar nunca a descubrir una afirmación simplemente verdadera". "El hombre no está aprisionado en el cuarto de espejos de las interpretaciones; puede y debe buscar el acceso a lo real, que está tras las palabras y se le muestra en las palabras y a través de ellas".

Y más recientemente el mismo Cardenal Prefecto en su último libro, *Fe, verdad, tolerancia – El cristianismo y las religiones del mundo*, ha insistido en que: "El auténtico problema es el de la verdad". Para él, el relativismo según el cual, todas las opiniones son verdaderas (aunque sean contrapuestas), tan extendido incluso "dentro de la teología", "es el problema más grande de nuestra época".

### TERCERA CONSIDERACIÓN: LA ACTUALIDAD DE LA CUESTIÓN DE LA VERDAD

Tratar este asunto es de una actualidad y vigencia de primerísimo orden, no sólo por la indiferencia a

la que venimos aludiendo, sino porque vivimos inmersos en un mundo cuya mentalidad está permeada, tal vez como nunca antes, de relativismo, llevado a extremos que tocarían sin pudor alguno el absurdo si este tuviera alguna consistencia y se pudiera tocar. Como botón de muestra: hace apenas dos o tres años un estudiante universitario me contaba que el primer día de clases su profesor de filosofía les dijo: "todo es relativo, y lo único que no lo es, es precisamente esa afirmación de que todo es relativo". Lo dijo sin el menor rubor, sin que asomara en sus ojos una chispa de luz que denunciara la conciencia de estar contradiciéndose a propósito, o sea, que estaba convencido; tenía la certeza de estar enunciando la mayor de las verdades, y no veía que si todo es relativo su propia afirmación destruye la verdad de la misma ya que entonces también ella es relativa, es decir, depende del punto de vista, o de determinadas condiciones, porque si es verdad que todo es relativo entonces también es relativo eso de que todo es relativo, y a partir de allí no se puede dar un paso en el orden de un conocimiento que sea sencillamente verdadero, entramos en el reino de la arbitrariedad, donde todo es opinable y discutible, en el que cada uno defiende su peculiar punto de vista, no con argumentos irrefutables, pues eso sería reconocer alguna referencia a lo indiscutible por verdadero, es decir, por verdadero desde todos los puntos de vista; y ese reino de la arbitrariedad es la puerta de entrada al reino de la fuerza, si no hay una verdad o unas verdades que por ser tal o tales, todos debemos reconocer pues se imponen a la inteligencia por sí mismas, entonces no hay nada a que someterse sino es por la fuerza.

El reconocimiento de la verdad y el sometimiento a la misma, es lo único que posibilita llegar a coincidir en lo fundamental para que después, partiendo del respeto exigido por la dignidad de la persona: –aceptada entre las verdades fundamentales–, se derive justificada y legítimamente el respeto a la libertad para elegir en el amplio campo de lo opinable, es decir, de lo discutible, todo aquello que el conocimiento humano no logra captar como verdades incontrovertibles; pero para lo que encuentra

razones a favor, indicios, signos, que le inclinan a opinar, aún reconociendo que existen también razones en contra, indicios y signos que pueden inclinar a otros a opinar diferente, sin el reconocimiento de la verdad todo se incluye en el campo de lo opinable y discutible y no hay un punto de partida para una comunicación y diálogo respetuoso, no queda entonces otra posibilidad que el forcejeo de las opiniones discutibles, los acuerdos dictados por el cálculo de las fuerzas y los intereses en los que acaba imponiéndose no la verdad, pues se ha admitido que ésta no existe, sino la opinión del que tenga más fuerza para aplastar la libertad de los otros; es verdad que la vida humana está llena de contingencias en las que los acuerdos y decisiones se toman no porque se alcance la verdad sino por un consenso de las voluntades que buscan una cierta unidad para lograr un propósito, es esto lo que impera en el campo de la política con minúscula que pertenece al reino de lo opinable, pero si no se parte de verdades fundamentales aceptadas por todos, lo político se transforma en el ámbito de la fuerza, de la arbitrariedad y del abuso del poder.

Tal vez en el ejemplo aducido del profesor de filosofía y en otros muchos casos se usan las

palabras sin tomar en serio su significado, y se habla de todo sin referirse al todo, y quizá se dice relativo no entendiéndolo lo opuesto totalmente a absoluto, término este que nos sirve para indicar lo incondicionado, lo que no depende de nada, ni de nadie, lo que se sostiene por sí de modo total y pleno, pero, por esos caminos al final no sabemos de que estamos hablando, y las palabras pierden su sentido y significado.

Estos asuntos no son sólo inquietudes teóricas que interesan a algunos intelectuales, filósofos, pensadores, o escritores que tratan de pensar en serio y a fondo o que les gusta jugar con los conceptos y entretenerse en acrobacias dialécticas. Cuando se dice o se piensa, por ejemplo, que la *Declaración Universal de los Derechos Humanos* se fundamenta solamente en el acuerdo alcanzado por los países signatarios, estamos ante el mismo relativismo perspectivista, con lo cual todas esas afirmaciones serían relativas en su valor, pues dependerían de las diversas culturas y mentalidades y no podrían ser exigidas ni impuestas a quienes pensarán o sintieran de otra manera, porque si no se basan en la verdad sobre el hombre, entonces carecen de valor universal.

Pero la verdad no es cuestión de acuerdos, ni convenios, no se alcanza por votación, ni la puede decidir la mayoría, ella está por encima y sólo a partir de su reconocimiento es posible intentar acuerdos sobre aquello en lo que no se alcanza una verdad incontrovertible.

Sin embargo la mentalidad más extendida a todos los niveles es la de los versos que me parece son de Campoamor: "en este mundo traidor, nada es verdad ni es mentira, todo depende del color del cristal con que se mira".

#### **CUARTA CONSIDERACIÓN: LAS RAÍCES HISTÓRICAS DEL RELATIVISMO, LA INDIFERENCIA Y LA DESCONFIANZA ANTE LA VERDAD**

Somos herederos de la actitud desconfiada del cartesianismo, que no admitía ninguna otra evidencia primordial que la del sujeto en cuanto pensante y de ella quiso extraer con la razón toda



Clive  
Staples  
Lewis



otra verdad. A pesar de su fracaso en cuanto a la negación de las evidencias sensibles, preparó así el giro antropológico que se consume en Kant, a partir del cual, ya no es el sujeto quien se somete al objeto sino al revés, el sujeto es quien objetiva la cosa en sí, incognoscible, para poderla conocer. En fin, que los cristales de los espejuelos congénitos con los que percibimos el mundo nos lo hacen ver de modo determinado que no sabemos si concuerda con la realidad o no. Es la versión moderna del dicho del sofista Protágoras: “el hombre es la medida de todas las cosas”, aunque en verdad el hombre sólo determina las unidades de medida o marcos de referencia, pero las relaciones proporcionales entre lo medido no las puede determinar a su antojo, sino reconocerlas como le son dadas; por tanto el hombre mide pero es medido, inserta la unidad elegida a su arbitrio, pero el resultado de la medida no depende sólo de él sino de las cosas.

No obstante por este camino, el siglo XIX convirtió la cuestión del valor y alcance del conocimiento humano en el problema central; pero dejó una fuerte huella de escepticismo, subjetivismo y agnosticismo, que fue seguida muy pronto por un dogmatismo subjetivista, que entusiasmado con las estructuras trascendentales del yo, le atribuyó a éste, no sólo la capacidad de objetivar para conocer, sino la de poner el objeto mismo, la de ser la razón y fundamento de todo en Fichte, y generó un idealismo racionalista sistemático férreo que no deja espacio a la libertad, ni a la identidad original de la persona, motivador de ideologías totalitarias en Hegel, lo que provocó el grito de la subjetividad aplastada y su reivindicación en Kierkegaard lo que a su vez llevó a la hipertrofia de la libertad humana como un absoluto creador de valores en Sartre.

Hoy nos encontramos, en algunos aspectos, de vuelta de tales excesos, pero no en el punto del equilibrio sino en el otro lado del movimiento pendular, hay un rechazo casi instintivo a un pensamiento sistemático que pretenda abarcar la totalidad, se piensa sólo en los fragmentos, es el pensamiento débil, que reconoce a la razón sólo

un valor instrumental, y le niega su función como inteligencia, capaz de trascender el fenómeno o apariencia, y buscar la comprensión de lo real en profundidad, acercándose a la visión abarcadora de la totalidad: hoy la tendencia predominante se interesa más por lo que resulte vivencialmente satisfactorio para salvar el momento efímero, que por la búsqueda de lo verdadero y perdurable. Es que el fracaso de los sistemas y las ideologías parecieron confirmar esa desconfianza.

### QUINTA CONSIDERACIÓN: LA ESPECIAL DIFICULTAD PARA TRATAR ESTE ASUNTO ACTUALMENTE

Quien se atreve a hablar hoy de la verdad no relativa, pues como veremos, eso de verdades relativas es una manera muy confusa de expresarse, sino de la verdad a secas que no es otra cosa que verdades que en cuanto tales son inmutables, aunque el hombre las formule por referencia a hechos, percepciones, o principios evidentes de la razón y en ese sentido tengan algo de relatividad, repito, quien habla de esto hoy es fácilmente calificado como integrista e intolerante, porque la mentalidad predominante en la actualidad puede tolerar cualquier cosa, menos que alguien diga que está convencido de enunciar una verdad, y que la propone como válida para todos precisamente por ser verdad, es esta una curiosa intolerancia de los que alardean de tolerancia, pero tampoco en este caso son consciente de su propia contradicción. Hoy a lo sumo se acepta que alguien diga que proclama “su” verdad, eso hasta estimula, y parece hermoso, poético; y recibe abundantes aplausos el hecho de que alguien haga una especie de confesión pública de cualquier índole si se trata de comunicar a otros no una verdad sino “su” verdad. Son pocos los que caen en la cuenta de que en tal caso el pronombre posesivo destruye al sustantivo. No interesa el acuerdo del sujeto con lo real, basta con la conformidad consigo mismo lograda a cualquier precio y a eso se le ha llamado sinceridad. Pero hasta en las verdades subjetivas, referentes a lo que el hombre experimenta dentro de sí y comunica, en la medida en que puede hacerlo; si no frena la tendencia natural de la propia inteligencia, ni intenta conscientemente engañar

y no hay un error en el juicio que hace de lo que siente, estamos en presencia de una verdad que no es simplemente suya, sino válida para todos.

## SEXTA CONSIDERACIÓN: LAS OBJECIONES CONTRA LA POSIBILIDAD DE ALCANZAR LA VERDAD

El escepticismo, la duda sobre la capacidad del hombre para alcanzar la verdad se ha dado tal vez desde que el hombre comenzó a pensar. Nos quedó constancia de esta actitud entre los griegos de la antigüedad clásica. Los motivos son los mismos que se han ido reactivando en los siglos posteriores. En el fondo no ha habido nuevos descubrimientos, sino nuevas modalidades de las mismas objeciones a la tendencia natural a pensar que nuestro conocimiento nos pone en relación con la verdad.

Esas objeciones son: el supuesto error de los sentidos, que no es tal, pues los sentidos informan estrictamente de lo que les llega a ellos, y el error radica en el juicio que hacemos a partir de esa información, cuando ese juicio no está determinado por la evidencia o va más allá de ella, por la voluntad de afirmar o negar, ya que esto constituye un descanso para la inteligencia.

Otra objeción son las distintas opiniones sobre un mismo tema entre los expertos, sin embargo esto no excluye la coincidencia entre ellos en cuanto a los hechos y los principios, aunque haya diversidad en la interpretación de los primeros y la aplicación de los segundos.

También se objeta la supuesta remisión a un proceso infinito en toda fundamentación, pues si una verdad está demostrada es por verdades anteriores, que a su vez deben demostrarse por otras anteriores y así hasta el infinito, por lo cual nada estaría demostrado: la falsedad de tal consideración se capta al reconocer que hay verdades evidentes que no necesitan demostración y son el punto de partida de todas las demás que alcanza la razón.

Y por último el "argumento" más valioso del escepticismo clásico que es el de mayor vigencia también hoy, el del relativismo, en dos direcciones: la primera afirma que no es posible conocer bien

una cosa sin conocerlas todas, pues todas están relacionadas unas con otras, esto tendría valor si el universo fuera un puro cruce de relaciones, pero las cosas están relacionadas a partir de su propia identidad y consistencia, entonces es exacto que es imposible un conocimiento exhaustivo de una cosa sin conocerlas todas, pero un conocimiento no exhaustivo es posible y verdadero porque las cosas no son puras relaciones.

La segunda dirección del relativismo se refiere a la relación de las cosas con el sujeto cognoscente. He aquí el argumento más fuerte que sigue presentando objeciones a toda posibilidad de afirmación segura de la verdad. Vale de este argumento que el que conoce es un sujeto, con una estructura cognoscitiva determinada, en una situación personal y ambiental determinada por lo cual siempre el conocimiento va a ser relativo al sujeto, pero de allí se pretende concluir que la verdad que se alcanza es totalmente relativa al sujeto, es decir, subjetiva.

En realidad el conocimiento humano es relativo al sujeto pero también a la cosa. Con toda intención digo cosa y no objeto, pues la palabra objeto en el lenguaje contemporáneo es ambigua y no siempre sabemos si el que la usa se refiere a la realidad extramental o a un objeto construido por la mente: es necesario insistir en esa referencia del conocimiento humano a la cosa o a las cosas, para comprender que hay una doble relatividad, a las cosas y al sujeto,



Umberto Eco



por lo cual nuestro conocimiento del mundo (en un sujeto sano, normal), no es nunca ni totalmente subjetivo, pues el sujeto no crea el objeto de la nada, ni la cosa conocida se reduce a un objeto inmanente: pero tampoco es totalmente objetivo, pues el sujeto no coincide con la cosa con una identidad óptica con ella. Por objetivo entiendo la correspondencia, adecuación, concordancia o fidelidad a lo real extramental.

El conocimiento verdadero se aproxima asintóticamente a lo real extramental, llegando a tocar, por decirlo así, algunos de sus aspectos; y además se da también el conocimiento de realidades que no son cosas en sentido estricto, y cuyo conocimiento expresado por un juicio verdadero se identifica con propiedades de lo real extramental, como ocurre con los principios evidentes, por ejemplo: cuando el intelecto conoce que el todo es mayor que una de sus partes, conoce no sólo un juicio coherente o lógico sino una verdad con cuya afirmación se adecua a lo real porque en efecto en cualquier realidad de que se trate esto se cumple. Con esfuerzo el hombre se aproxima al conocimiento verdadero de lo real extramental, y también de su propia experiencia subjetiva; y cuando intenta comunicar ambas experiencias con el lenguaje, formula afirmaciones o negaciones, es decir juicios que concuerdan, se corresponden o se adecuan a lo real y entonces esos juicios son verdaderos, si por el contrario no se ajustan a lo real entonces los juicios son falsos.

Santo Tomás aclaraba que no se puede demostrar la existencia de la verdad en general, pero sí es posible refutar a quien la niega, pues se contradice; ya que si es verdad que no hay verdad, entonces existe la verdad. Dicho de otro modo, si la verdad no existe entonces tampoco puede ser verdad eso de que la verdad no existe.

### **SÉPTIMA CONSIDERACIÓN: LA RELACIÓN ENTRE VERDAD, LIBERTAD Y FE CRISTIANA**

He mencionado ya la razón de fondo por la que la cuestión de la verdad no es algo

secundario, colateral, o sin mayor importancia para los seres humanos todos, sin excepción: sin la verdad no hay libertad, si no hay una verdad a la que todos, absolutamente todos, tenemos que respetar, entonces la libertad se transforma en el libertinaje. Si la libertad se transforma en un absoluto, si no está referida y subordinada a la verdad, desaparece como libertad y se convierte en arbitrariedad absoluta, desaparece todo valor que fundamente una ley, es el imperio de la fuerza, la anarquía y la imposibilidad de una convivencia digna de los seres humanos. Esa necesidad de la verdad en relación con la conducta humana la quiso poner de relieve el Papa Juan Pablo II con la *Veritatis Splendor*.

La convivencia humana no puede basarse sólo en la libertad ni en la tolerancia, porque si se trata de tolerarlo todo habría que admitir cualquier abuso, crimen o perversión y si la tolerancia tiene algún límite, ¿cómo se sabe cuáles son los límites si no es por referencia a la verdad, a lo que es verdaderamente bueno, diferenciándolo de lo que sólo es bueno en apariencia? Además, sólo se tolera lo que se considera un mal, pues el bien no se tolera sino que se acepta con gusto y se promueve, la única justificación verdadera de la tolerancia es que lo tolerado sea un mal menor, que el que se produciría si no se tolerara.

Para la fe cristiana la verdad es también una cuestión central. La pretensión fundamental de la fe cristiana es la de ser la religión verdadera. Los cristianos somos discípulos de quien se presentó al mundo como el Camino, la Verdad y la Vida. No se trata pues de una variante religiosa de carácter cultural equiparable a otras. De ahí la preocupación de la Iglesia por propagar la verdad sobre Dios, la verdad sobre el hombre, la verdad sobre el mundo.

“Sólo si la fe cristiana es verdad, concierne a todos los hombres”, constata Ratzinger, de lo contrario se quedaría en simple expresión de una cultura.

“Decir que hay realmente una verdad, una verdad vinculante y válida en la historia en la figura de Jesucristo y en la fe de la Iglesia, se considera como fundamentalismo y se presenta como un auténtico atentado contra el espíritu moderno y como amenaza multiforme contra su bien supremo,



Sören Kierkegaard

la tolerancia y la libertad”, reconoce el Cardenal. Pero “abdicar de la verdad no salva al hombre”. Por el contrario, según Ratzinger, “la fe cristiana impulsa inexorablemente hacia la cuestión de la verdad”, teniendo en cuenta que “la verdad no violenta a nadie”.

### OCTAVA CONSIDERACIÓN: LAS CONCEPCIONES ERRÓNEAS DE LA VERDAD

La modernidad ha presentado varias interpretaciones erróneas de la verdad, por ejemplo los pensadores idealistas han confundido la verdad con la coherencia interna del pensamiento consigo mismo, es decir, con la ausencia de contradicción en el encadenamiento lógico de los juicios, pero la coherencia lógica no basta para que el pensamiento sea verdadero. Ese criterio meramente lógico es sólo una *conditio sine qua non* para que un pensamiento sea verdadero pero sólo una condición negativa, si no la hay no puede ser verdadero pero el que la haya no es suficiente, pues también una novela guarda la coherencia lógica pero lo que dice es pura ficción no verdad. Por su parte el pragmatismo ha identificado la verdad con el éxito práctico, verdadero sería lo que da resultado, lo que conduce al éxito, pero todos sabemos que el anuncio verdadero de una

enfermedad grave muchas veces arruina el éxito de una persona y no por eso deja de ser verdadero. También la vertiente sociológica ha dado su versión de la verdad como aquello en lo que coinciden todas las inteligencias, pero también sabemos que ha habido y nada impide que haya también hoy errores comunes sostenidos por todos ya sea en una cultura, en todas o en casi todas las sociedades humanas.

En el pensamiento contemporáneo el neopositivismo ha hablado del principio de verificación, el cual excluye la verdad o al menos el sentido y el carácter científico de toda proposición que no sea verificable experimentalmente. Pero el mismo principio no se puede verificar experimentalmente, así que carecería de sentido y valor científico. Además, las ciencias físicas registran ejemplos notables de datos afirmados como verdaderos por cálculos matemáticos mucho antes de que pudieran verificarse experimentalmente. En tales casos lo afirmado no empezó a ser verdadero cuando se pudo verificar sino desde antes. Imponer esta condición a todo conocimiento para aceptarlo como verdadero es negarle a la razón su papel en el conocimiento, pues ésta partiendo de la experiencia que sólo aporta datos particulares y contingentes llega a conclusiones verdaderas de carácter universal y necesario por caminos distintos de la inducción, por la capacidad de abstracción que permite captar aspectos esenciales y descubrir sus relaciones con otros aspectos abstraídos también de lo real. Estamos de nuevo frente al viejo error del empirismo o positivismo.

Frente al verificacionismo se ha presentado el falsacionismo, que en vez de verificar propone refutar. Toda teoría sería provisionalmente verdadera mientras no haya sido refutada. Esto vale para las teorías explicativas de un conjunto de fenómenos y así avanza la ciencia, pero no vale para las afirmaciones evidentes ni para las que son el resultado de una demostración o deducción rigurosa a partir de ellas. En estos casos se arriba a verdades definitivas. No se puede reducir toda verdad a la verosimilitud propia de una teoría no demostrable de modo incontrovertible, aunque también estas sean muy útiles.



**NOVENA CONSIDERACIÓN:  
LA CONCEPCIÓN CORRECTA  
DE LA VERDAD  
Y LOS CAMINOS PARA ALCANZARLA**

En la vida cotidiana es frecuente confundir la verdad con la certeza, pero se trata de dos realidades distintas. La verdad del conocimiento es una relación de adecuación entre la inteligencia y lo real, en tanto que la certeza es la seguridad que se experimenta al afirmar o negar algo. No es raro que las personas afirmen con certeza, es decir, con total seguridad psicológica algo erróneo o falso pero que ellas lo creen así. Muchas opiniones políticas o de cuestiones de la vida ordinaria son afirmadas con gran certeza aunque la persona no ha hecho una investigación concluyente y puede estar equivocada, pero aunque admita esa posibilidad, se siente segura de su opinión. Son las certezas erróneas y no la verdad las que llevan al fundamentalismo y la intolerancia. Es un asunto más psicológico que gnoseológico. En verdad la certeza sólo tiene valor desde el punto de vista gnoseológico cuando se fundamenta en una evidencia.

La evidencia es el criterio definitivo para juzgar la verdad o no de alguna afirmación. El término evidencia alude a la visión, muy probablemente porque la vista es el más complejo y agudo de nuestros sentidos, para precisar o definir lo que se entiende por evidencia se habla de la claridad, otro término relacionado con la visión, la claridad con que un objeto se presenta ante una facultad de conocimiento y reclama su aceptación. Esto, en primer lugar se aplica a la vista, cuando se ve claramente algo: la persona dice con toda certeza o seguridad, yo lo vi, al menos vi algo aunque era lejos y no pude precisar qué era, pero está absolutamente cierto, es decir, seguro de haber visto algo. Luego se aplica a los demás sentidos: lo oí claramente, lo toqué con mis manos... Pero también reconocemos una evidencia o claridad intelectual no sensible cuando pensamos que el todo es mayor que una parte, o que es imposible que algo sea y no sea a la vez, o que dos cosas iguales a una tercera son iguales entre sí: en esos casos estamos ante evidencias intelectuales, ante

verdades evidentes que reconocemos sin necesidad de ver, oír, o tocar.

Un juicio que se basa en una evidencia y cuya afirmación no rebasa lo evidente es necesariamente verdadero, se corresponde con lo real ya sea lo real extramental, ya sea lo que el sujeto experimenta en sí mismo y logra expresar con claridad. Y a partir de una afirmación basada en la evidencia la razón puede sacar conclusiones rigurosas también verdaderas. Dado que tenemos evidencias sensibles y evidencias intelectuales el camino para alcanzar la verdad tiene dos vías complementarias la experiencia y la razón. El punto de partida es la experiencia que aporta hechos particulares y contingentes, pero la razón como inteligencia permite alcanzar afirmaciones universales y necesarias.

La verdad como relación de adecuación entre el intelecto y lo real es un asunto gnoseológico o cognoscitivo, pero su posibilidad sólo se fundamenta y sostiene en el realismo metafísico, es decir, en la acogida del sujeto cognoscente a la riqueza y variedad inconmensurable de lo real. Esta posición no es un punto de vista más entre otros, no es una perspectiva que mira en una dirección y olvida las otras, por el contrario el realismo metafísico y gnoseológico se coloca en la posición de apertura total a lo real, no de 180 grados sino de 360 grados, es decir, no pretende reducir lo real a ninguna de sus manifestaciones, ni a la materia, que llevaría a un enfoque materialista ni al pensamiento que llevaría a un enfoque idealista, ni a la vida que sería un enfoque vitalista, etc., etc., pretende respetar la totalidad de lo real con toda su riqueza situándose en el ser, que sólo excluye el no-ser en sentido absoluto, pues ser no excluye ni la materia, ni el pensamiento, ni los cuerpos, ni la conciencia, ni la idea, ni las imaginaciones, ni lo inmaterial, ni lo espiritual, ni se reduce a ninguno de ellos, pues todo de algún modo es. Ninguno pues se contrapone al ser. Esta fue la posición que legó a la posteridad el genio de Santo Tomás, para quien el ser es el acto de los actos, y la perfección de todas las perfecciones. Pero el ser no es conceptualizable; es siempre más que



Immanuel Kant

un concepto, idea, noción, no es un aspecto de lo real abstraído por la inteligencia, no es abstracto sino concreto. Lo que la inteligencia puede captar en el concepto es la esencia, el modo de ser de un ente, pero el ser mismo es distinto de la esencia. La inteligencia capta el ser en el acto de juzgar, al afirmar que algo es.

Hablar de lo real, ya sea extramental o intramental, es referirse al ser y a los distintos modos de ser, y para poner claridad en nuestra reflexión debemos empezar por precisar que en sentido estricto, ser sólo se opone a no-ser entendiendo no-ser en sentido absoluto. Es decir que real no se opone a ilusorio, fantástico o imaginario o a la realidad virtual, ya que lo ilusorio, lo fantástico, lo imaginario, o lo virtual, de algún modo son, son algo en la mente del que se ilusiona, en su fantasía o imaginación, provocado o no por algo exterior, pero son, por lo cual no lo podemos excluir totalmente del ser. Ser no se opone a pensar porque también el pensamiento es de algún modo. Mas aún es necesario para comprender la multiplicidad de los entes y sus cambios, que lo que los diferencia es el límite o frontera entre unos y otros que en última instancia es una especie de no-ser relativo puesto que uno no es el otro, y que la posibilidad real de llegar a ser algo distinto, es decir, de cambiar sólo se comprende si se admite en el ser una capacidad pero real de llegar a ser lo que todavía no es.

Todos desde la infancia hemos aprendido la palabra verdad y la distinguimos claramente de otra palabra que se le opone: mentira. Sabemos que nos piden, cuando nos dicen: dime la verdad. Se trata de que expresemos lo que pasó realmente, o lo que pensamos o sentimos nosotros, o lo que vimos, oímos, etc. Esta noción ordinaria, y común de verdad, recoge los principales significados que el término ha tenido desde la antigüedad: para los hebreos era lo seguro, lo firme, lo que sostiene algo, sinónimo también de fidelidad; para los griegos es lo que es, lo descubierto, o desvelado, la razón o fundamento de todo que establece una diferencia entre la apariencia y lo que está debajo o detrás de ella, del velo o de la cubierta.

¿Qué es la verdad? Si tomamos el término verdad y queremos precisar su significado, a partir de nuestra propia experiencia del uso de esa palabra, podemos llegar a comprender claramente que se trata siempre de una relación entre el sujeto que conoce y lo conocido por él, relación de concordancia entre ambos, de correspondencia o de adecuación que no siempre se da, y cuando no hay esa concordancia, correspondencia o adecuación, hablamos de error o falsedad.

El concepto de verdad es analógico, es decir, que se aplica de modo en parte semejante y en parte diferente a los distintos ámbitos de lo real, así decimos verdad del conocimiento, para la relación de adecuación entre la inteligencia y las



Jean-Paul  
Sartre



cosas, verdad moral para la relación de adecuación de lo que se expresa de cualquier modo con los pensamientos, actitudes y sentimientos, etc.; verdad ontológica, para la relación de adecuación de las cosas con la mente divina.

Pero la verdad del conocimiento se fundamenta en la verdad de las cosas, y la verdad de la conducta o verdad moral también se asienta en la verdad de las cosas que es un tema ontológico o metafísico.

Inevitablemente en la base está la verdad de las cosas: cuando decimos las cosas estamos hablando de todo ente y por tanto de las cosas naturales y de las artificiales. Las cosas naturales son verdaderas no porque las conozcamos sino que las conocemos porque son verdaderas, su verdad está primero en la mente divina, luego en ellas mismas por corresponder a la mente divina. Aquí parece que verdad y realidad es lo mismo sin más, o sea, que la verdad es el ente, o su conjunto, que la verdad son las cosas mismas. Así pensaba San Agustín. Sin embargo, el lenguaje nos permite aplicar a las cosas el término falsedad que es lo contrario de la verdad; por ejemplo, cuando decimos una moneda falsa, lo cual es posible y correcto porque la verdad no es sólo la cosa o el ente sin más, sino que la noción de verdad añade algo a la entidad o realidad misma de la cosa, y lo que añade es la relación con la inteligencia que la piensa, ya sea con la inteligencia creadora para la verdad ontológica o de las cosas mismas, ya sea con la inteligencia que las conoce aunque no las crea, para la verdad del conocimiento.

La verdad del conocimiento tiene cuatro propiedades características. Todos los juicios verdaderos son coherentes o compatibles entre sí, concuerdan unos con otros por tanto forman como un solo bloque de conocimientos verdaderos que nos permite afirmar que la verdad en su conjunto es una. No puede haber contradicción entre proposiciones verdaderas. Es imposible que un conjunto de verdades unidas entre sí no sea coherente con otro conjunto de verdades. De ahí la complementariedad y coherencia que existen entre todas las ciencias en aquello que está

demostrado por ser verdadero. Por esto mismo no puede haber contradicción entre la revelación divina acogida en la fe y las conclusiones verdaderas de las ciencias. Podemos decir que la verdad total es una, aunque el conocimiento humano no la alcance a conocer en su totalidad.

Otra propiedad es que la verdad del conocimiento no admite grados, el juicio, que es la operación mental en la que se capta la verdad, es necesariamente o verdadero o falso, no hay grados intermedios, el juicio expresa una adecuación a lo real o no la expresa, en sentido estricto un juicio no puede ser más o menos adecuado a lo real. Aunque al expresar un conjunto de ellos sobre un asunto pueden mezclarse juicios verdaderos con algunos falsos y entonces por confusión de habla de verdad a medias, pero se trata más bien de unas verdades parciales, como casi todas pues es muy difícil llegar a agotar un campo de lo real por pequeño que sea. Sin embargo, hay grados no en la verdad de los juicios pero sí en el conocimiento humano de la verdad, es decir, de lo real, porque hay grados de penetración, profundidad y precisión en los conocimientos. Pero de ningún modo un conocimiento verdadero por ser superficial deja de ser verdadero ni por ser incompleto tampoco. En este punto hay que precaverse del error de la lógica polivalente que pretende situar grados de verdad entre cero y uno, esos coeficientes intermedios a lo sumo pueden representar grados de la probabilidad con la que puede darse determinados fenómenos en la realidad.

Además, y a pesar de que hoy parezca sorprendente afirmarlo, la verdad del conocimiento que radica en el juicio es inmutable. Es decir, lo que en un instante es verdadero seguirá siendo verdadero eternamente referido a ese instante y lugar si se trata de verdades contingentes, de realidades temporales y espaciales, más claro aún si se trata de juicios universales y necesarios. Porque la verdad que reside en los juicios no evoluciona, lo que evoluciona es la realidad que da lugar a nuevos juicios verdaderos sobre ella, y también evoluciona y progresa la inteligencia o el espíritu en el conocimiento de la verdad.

La evolución de lo real no afecta la inmutabilidad de la verdad. Una proposición que expresa un juicio verdadero aunque se trate de algo contingente que puede cambiar y que pudo no darse nunca, una vez que se dio sigue siendo verdad para siempre. Si fue verdad que José Martí murió en Dos Ríos, aunque desaparezca el planeta Tierra, cualquier sujeto capaz de ese conocimiento estará en posesión de una verdad si sabe que existió, hace el tiempo que sea, un planeta que fue llamado Tierra, en el que hubo un lugar que llamaron Dos Ríos y en que murió un hombre conocido como José Martí, y si la investigación histórica estuviera errada y se descubriera dentro de unos siglos que no murió allí entonces nunca fue verdad y nunca lo será.

Perdonen la insistencia pero es tan frecuente oír expresiones confusas en estos asuntos, que vale la pena detenerse en ellos aún a riesgo de parecer infantil. Eternamente será verdad que si existe un todo será mayor que una parte, que dos y dos son cuatro, que algo no puede ser lo que es y no serlo al mismo tiempo y en el mismo sentido, etc. Las verdades son inmutables y su conjunto total se enriquece con lo que todavía no ha ocurrido, lo contingente que puede ser y efectivamente llega a ser, pero una vez dado, quien lo conoce, conoce otra verdad también

inmutable que se incorpora coherentemente al conjunto de las ya conocidas.

Por último captamos que la verdad es objetiva, aunque este término puede volvérsenos problemático en la contemporaneidad en la cual por influjo del idealismo de la modernidad a veces la objetividad queda reducida un proceso subjetivo de objetivación de un dato que no se sabe si es real, amorfo y hasta incognoscible en sí y del cual sólo nos llega aquello que aparece en la conciencia, es decir, el fenómeno. Saltando por encima de tal concepción arbitraria e indemostrable que desde la posición realista se percibe claramente como falsa, por verdad objetiva quiero indicar que el fundamento o base de todo juicio verdadero es lo real, en primer lugar lo real extramental, el objetivo captado y no el sujeto que lo capta. Eso real extramental que se presenta ante el sujeto cognoscente como algo que tiene que ser, de cualquier modo que sea, como un ente cualquiera y que es la primera noción que capta la inteligencia ya sea con la palabra cosa u otra, lo importante no es el término sino el contenido designado: algo que es, y es distinto del sujeto. Después de esa intelección del ente que despierta la inteligencia es que el sujeto puede conocerse a sí mismo, por reflexión sobre el acto o los actos con que conoce lo real extramental. En fin que no es el conocer quien determina el ser, sino que el



**SANTO TOMÁS  
ACLARABA QUE NO SE PUEDE  
DEMOSTRAR LA EXISTENCIA  
DE LA VERDAD EN GENERAL,  
PERO SÍ ES POSIBLE REFUTAR  
A QUIEN LA NIEGA,  
PUES SE CONTRADICE;  
YA QUE SI ES VERDAD  
QUE NO HAY VERDAD,  
ENTONCES  
EXISTE LA VERDAD.**



conocer que es parte del ser, es determinado por el ser que no se reduce a puro conocer. Una vez más volvemos a desmontar el sofisma de Protágoras, el hombre no es la medida de todas las cosas, la base, o fundamento para determinar la verdad o falsedad de los juicios viene de las cosas, de los entes.

Hoy es necesario aclarar que la autenticidad de la persona, el ser ella misma, no la dispensa de este sometimiento a lo real, el hombre sólo puede perfeccionar y enriquecer su ser cuando acoge, recibe y es informado por el ser de las cosas, sean entes materiales o inmateriales, entes de razón, o sustancias espirituales. Ellos le aportan la verdad, belleza y bondad que proviene del ser de cada uno.

El ser de los entes todos y su propiedad de ser captable por la inteligencia es anterior a todo conocimiento, a todo juicio y es quien fundamenta la verdad de los mismos. La verdad se halla en la mente humana como el efecto de la realidad. La verdad de los juicios depende de la verdad de los entes, o verdad ontológica y esa dependencia es una relación causal. Por tanto la verdad ontológica pertenece al ente en cuanto tal, se identifica con el ente, con todo ente, es una propiedad trascendental.

Como concepto la verdad se distingue del ente porque pone de relieve su relación de conveniencia al intelecto que la comprende mediante el juicio. Entendemos lo que es, lo que no-es no puede ni entenderse ni saberse. El ser es pues el fundamento y raíz de toda inteligibilidad. El ente es inteligible porque tiene ser, es decir, es apto para ser objeto de intelección. La verdad se funda en el ente y éste es por su acto de ser. Por tanto, la verdad se funda más sobre el ser que sobre las esencia de las cosas. El ser es como la luz de los entes que ilumina al observador. La luz de la inteligibilidad. Si el observador está abierto a la totalidad, a partir de los entes conocerá el ser del que todos participan. Descubrirá que la inconsistencia, la singularidad, el devenir y la finitud de los entes todos reclaman un Ser con mayúscula inabarcable y absoluto, que es el fundamento, la



**SI LA LIBERTAD SE TRANSFORMA  
EN UN ABSOLUTO, SI NO ESTÁ REFERIDA  
Y SUBORDINADA A LA VERDAD,  
DESAPARECE COMO LIBERTAD  
Y SE CONVIERTE  
EN ARBITRARIEDAD ABSOLUTA (...),  
ES EL IMPERIO DE LA FUERZA...  
ESA NECESIDAD DE LA VERDAD  
EN RELACIÓN CON LA CONDUCTA HUMANA  
LA QUISO PONER DE RELIEVE  
EL PAPA JUAN PABLO II  
CON LA VERITATIS SPLENDOR.**

fuerza y el origen último de toda verdad parcial, si se abre al Misterio insondable de este Ser podrá aceptar razonablemente la posibilidad, y si encuentra los signos adecuados, la realidad de la luz que proviene directamente de Él y que llamamos revelación, manifestación o comunicación de lo que antes estaba oculto, y así vuelve al sentido originario de la verdad como desvelamiento, o descubrimiento, porque al fin ha encontrado no unas u otras verdades sino a Aquel que es la Verdad.

Hasta aquí éstas consideraciones limitadas al aspecto gnoseológico y metafísico, dejando a otros expositores el enfoque desde los puntos de vista de la teología dogmática y moral y de la ética de la comunicación. Ω